

Diferencias culturales y retóricas de (in)visibilidad. Respuestas de mujeres jóvenes a los discursos normativos sobre el género y edad¹

Silvia Lorena Elizalde

Silvia Elizalde
Universidad Nacional del Centro
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Argentina
selizalde@sinectis.com.ar

Resumen

El artículo aporta elementos etnográficos y conceptuales sobre las prácticas, sentidos e intervenciones desplegadas por jóvenes mujeres de sectores populares de la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, que redundan en acciones potenciadoras de su empoderamiento de género y juvenil. El trabajo indaga, desde la trama productiva del discurso autobiográfico, los modos en que las jóvenes responden críticamente a las imágenes socialmente construidas sobre su condición genérica y etaria y que las suelen ubicar en situaciones de mayor precariedad que sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales, el uso placentero de su sexualidad y la participación comunitaria. Se relevan, así, las operaciones textuales y de producción de sentido que les permiten: a) contestar, parodiar y resemantizar las "políticas de visibilidad de género" activadas en numerosas prescripciones discursivas y b) construir formas novedosas de articulación con las instancias tradicionales de autoridad y las nuevas prácticas de politización social de la Argentina reciente.

Palabras claves: Imágenes de joven- retóricas de regulación cultural- empoderamiento de género

Keywords: *Youth' images- cultural regulation rhetoric - gender empowerment*

Fecha de recepción: 05-05-2003

Fecha de aceptación: 10-10-2003

Introducción

La relevancia creciente de la juventud como objeto de análisis de la sociología, los estudios culturales y, más recientemente, de los estudios de género en América Latina, junto con la acumulación de trabajos y experiencias de investigación sobre el sector, han producido un cuerpo consistente de conceptos y técnicas que están siendo leídas desde múltiples espacios, así como refuncionalizadas con intereses y sentidos diversos.

Pese a ello, la indagación sobre las mujeres jóvenes, su relación con los discursos y estrategias públicas y los cambios operados en sus modalidades de construcción identitaria siguen siendo áreas proporcionalmente menos exploradas en los corpora de las investigaciones sociales.² Los medios de comunicación, por su parte, han operado fuertemente como visibilizadores sesgados de la juventud, toda vez que han colaborado en la construcción discursiva de imágenes de "peligrosidad" juvenil y "amenaza de caos", en coincidencia con el recorte que algunas instituciones y discursos hegemónicos a favor de la política de "mano dura" hacen en la figura del joven varón pobre en conflicto con la ley.

El presente artículo tiene por propósito aportar elementos etnográficos y conceptuales sobre las prácticas, sentidos e intervenciones en red desplegadas por jóvenes mujeres de sectores populares de la zona sur de la ciudad de Buenos Aires, que redundan en acciones potenciadoras de su empoderamiento³ de género y juvenil. El trabajo indaga, desde la trama productiva del discurso autobiográfico, los modos

en que las jóvenes responden críticamente a las imágenes socialmente construidas en torno de su condición genérica y etaria y que las suelen ubicar en situaciones de mayor precariedad que sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales, el uso placentero de su sexualidad y la participación comunitaria. Con esta consigna, se relevan las operaciones textuales y de producción de sentido que les permiten contestar, parodiar y resemantizar las "políticas de visibilidad de género" activadas en numerosas prescripciones discursivas, así como construir formas novedosas de articulación de los modos de nucleamiento juvenil con las instancias tradicionales de autoridad (familia, escuela) y las nuevas prácticas de politización social de la Argentina reciente.

Con políticas de visibilidad nos referimos a las estrategias retóricas de "iluminación" (Olivera 1999) y delimitación discursiva de ciertas identidades y posiciones de sujeto en el espacio público. El argumento que guía el presente análisis sugiere que la "invisibilidad" del género femenino en los discursos reguladores de la "juventud pobre" es resultado de un dispositivo que, al ubicar a la masculinidad como patrón de la identidad juvenil-popular-conflictiva, asigna a la feminidad un lugar despreciado, casi oculto, en vínculo con las estigmatizaciones por criterios de clase. Ante estas configuraciones esencializadoras, las jóvenes activan respuestas cuyo uso estratégico de las distintas (in)visibilidades en juego (de género, edad, clase, etnia, etc.) les permite posicionarse en un lugar "otro" para, desde allí, radicalizar el estereotipo y convertirlo en intervención cultural y política.

Por eso, el relato autobiográfico de estas experiencias femeninas, en su posibilidad de convertirse en espacio de surgimiento de una voluntad de resistencia, exige que la actividad de lectura tenga el estatuto de una operación política de interpretación. Precisamente porque en la narración de esas voces puede advertirse lo que Roxanne Rimstead (1997) señala como el (conflictivo) pasaje de un yo avergonzado a un nosotros/as desafiante.

En efecto, a contrapelo de los análisis clásicos de narrativa, esta autora propone preguntar(se): "cómo, en cada historia de vida, el acto de contar esa vida subvierte o reproduce las construcciones negativas de identidad experimentadas por la narradora desde su propio punto de vista" (1997: 261-62). Es decir, desde la lógica interna y las metáforas personalizadas que emplea en su relato, y no desde las categorías disponibles y naturalizadas de la simbolización colectiva, que remiten no sólo a la retórica dominante de opresión (y a sus múltiples formas de estigmatización identitaria), sino a la autobiografía como formato típicamente imperialista en el que estas mujeres aparecen subsumidas previamente en la condición de "subalternas" o "pobres" y, por lo tanto, reducidas en su heterogeneidad genérica y multicultural.

Así, la apuesta analítica consiste en un doble movimiento. Por un lado, se trata de tomar distancia de los estudios que le adjudican a los discursos de las mujeres pobres una suerte de naturaleza oposicional ubicua, ya que no sólo crean nuevas etiquetas e identidades *a priori*, sino que se convierten en renovadas narrativas maestras que enmascaran el carácter prescriptivo de su política textual tras la pretensión de un

estatuto autotransparente e inherentemente "liberador". Por el otro, implica renunciar a la pregunta por la representatividad de las imágenes de "mujer", "joven" y "pobre" eventualmente contenidas en esos relatos. Se trata, por el contrario, de focalizar los usos específicos que las jóvenes narradoras hacen del testimonio autobiográfico (a través del relato de sus recorridos personales, las experiencias colectivas y las sensibilidades históricas que las definen como sujetos) e indagar los modos en que estos usos discursivos habilitan nuevas experiencias de empoderamiento de género y juvenil.

Sólo así, creemos, la lectura de la narrativa personal femenina encuentra en la interpretación un acto político que desafía a las decodificaciones previsibles de la textualidad hegemónica.

Visibilidad de género y políticas de identidad

En nuestro país, la mayoría de las regulaciones y normativas orientadas a los y las jóvenes⁴ en su condición de supuesta "amenaza potencial al orden" participan de la construcción de dos figuras de joven antagónicas, pero al mismo tiempo, complementarias. Por un lado, las imágenes de la "vulnerabilidad" juvenil; por el otro, las de su "peligrosidad" social.

En efecto, es sabido que los discursos públicos operan a partir del esquematismo y la fuerza expresiva de dicotomías excluyentes. Así, se advierte la actuación efectiva de retóricas que sólo permiten la existencia discursiva de dos juventudes, ambiguamente opuestas: una, "peligrosa", la de los sectores populares; la otra "en peligro", la de los sectores burgueses.

Las prácticas de control y asistencia se ejercen sobre la primera, gobernadas por la noción de prevención; la educación y la protección están destinadas a intervenir sobre la segunda. [...] La prevención, que es el objetivo estatal sobre los sectores medios, se produce mediáticamente por la vía del comentario, a través de los consejos, los análisis sociológicos, los informes e investigaciones especiales, es decir, a través de los géneros que se caracterizan por su expansión argumentativa. El control y la vigilancia, por su parte, se manifiestan por la vía del relato. Un caso —un relato de vida, un testimonio— confirman la regla, es una operación de control del discurso. (Corea y Lewkowick 1999).

Con el argumento, según se trate, de la "inviabilidad" o la "amenaza" de los sectores jóvenes empobrecidos, estas representaciones binarias contribuyen a legitimar otras formas de control juvenil, en ámbitos como la escuela o el trabajo, y a justificar el uso regulativo de las intervenciones públicas como estrategias de distribución "por cuotas" de las oportunidades sociales.

En términos de políticas de visibilidad, estas imágenes responden a los dispositivos hegemónicos de nominación de dos momentos identitarios precisos —jóvenes vulnerables, jóvenes peligrosos—, cuyos significados quedan así suturados y desconectados de otros posibles posicionamientos sociales. Estas "operaciones de luminosidad" (Di Pietro 2002) producen, pues, una trama discursiva que estabiliza ciertas identidades, figuras y modos de ser joven en los que la distinción de género sólo aparece para "ratificar" la condición masculina del "menor en conflicto con la ley" o el "joven peligroso". Su reverso es el borramiento y la obliteración de la identidad femenina articulada a la edad y a la regulación de las prácticas "amenazantes".

En este marco, la cristalización que suele hacerse de las "necesidades" de las y los jóvenes en respuestas públicas que los/as definen previamente según criterios de juricidad restrictiva ("menores", "madres adolescentes", "jóvenes en riesgo", etc.) pone en evidencia la necesidad de revisar el campo de los discursos públicos y su tendencia a construir "retratos" esenciales y uniformes de la diversidad juvenil.

Conviene advertir, sin embargo, que estos procesos de creación/suturación de imágenes de joven nunca anulan por completo la posibilidad de articular de otro modo los significados circulantes. De hecho este trabajo hace foco en las diversas respuestas que las jóvenes elaboran frente a estos discursos y prescripciones. Respuestas que, en más de un caso, implican la activación temporal de sentidos y prácticas que se adaptan estratégicamente a las figuras estereotipadas previamente construidas sobre su posicionamiento social ("negritas", "piqueteras", "putas", etc.), con el objeto de obtener algún beneficio material o simbólico o, directamente, burlar la regulación con una falsa obediencia a sus reglas.

Todos estos procesos producen una profunda redefinición de la relación entre Estado y sociedad civil, que pone en evidencia el modo en que las diferencias culturales de género, en vínculo con la edad y la clase, son los principales elementos invocados hoy para la definición de los llamados "grupos de riesgo". Las mujeres jóvenes de los sectores populares se convierten, entonces, en un "problema social" al que hay que "corregir" (casi siempre por la vía educativa y moralizadora) más que en una "amenaza".

Ante esto, cabe preguntarse: ¿Cuáles son las prácticas, sentidos y estrategias de contestación de las jóvenes de los sectores populares a las políticas de (in)visibilidad de género de las que son objeto? ¿Cómo están siendo confirmados o desafiados los dispositivos de construcción de imágenes y "formas identitarias del desvío" asociadas al género y la edad desde las voces y experiencias de las propias chicas? ¿Qué visibilidades y actuaciones alternativas de género se están desplegando frente a las prescripciones normativas y el "pánico moral" (Cohen, 1990) construido alrededor de la juventud actual? ¿En qué sentido puede indicarse la existencia de una vinculación significativa entre (nuevas) formas de ejercicio ciudadano y modalidades emergentes de respuesta a los discursos e intervenciones suturadores de las identidades de los y las jóvenes?

En todo caso, ¿cómo pasar de políticas de identidad que construyen modos esencializados y dicotómicos de ser joven a partir de negar las condiciones específicas de subordinación que operan sobre las diversas juventudes, a políticas de visibilidad y experimentación que den cuenta de la diversidad de articulaciones identitarias de la condición juvenil y genérica?

Lo que indicamos a continuación son, justamente, parte de los usos que las jóvenes de nuestro estudio hacen de sus recursos, habilidades, relaciones y actuaciones sociales, que les permiten desplegar prácticas alternativas a las previsiones normativas de los discursos públicos, más vinculadas a su realidad material, su edad, su condición genérica y sus proyectos de autonomía personal y participación colectiva.

El contexto

El recorte analítico forma parte de una indagación mayor cuyo trabajo de campo se desarrolla en el área sur de la ciudad de Buenos Aires, en una zona definida por los barrios Rivadavia, Illia y la villa 1-11-14, en el Bajo Flores. Se trata de un enclave signado por la pobreza, la precariedad de las condiciones de habitabilidad, una alta presencia de inmigrantes transfronterizos (sobre todo peruanos, bolivianos y paraguayos, muchos sin papeles) y una notoria ausencia del Estado en la provisión y mantenimiento de los servicios públicos. Allí funciona el Proyecto Adolescentes Bajo Flores, un programa creado por iniciativa vecinal en 1994, concretado en 1997 y hoy de gestión mixta entre las instituciones del barrio y la Dirección General de la Niñez, de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad. A sus quince talleres de extensión sociocultural y comunitaria concurren más de 200 jóvenes, la mayoría de ellos/as pertenecientes a familias pobres, con padres desocupados o subocupados. Algunos pocos consiguen temporalmente changas o colaboran con la familia en el cirujeo (juntando cartones, vidrios, etc.) por los barrios de clase media y media-alta de la ciudad.

El grupo foco de nuestra atención son las jóvenes que asisten al taller de fotografía del proyecto mencionado,⁵ espacio que paulatinamente también se convirtió en lugar de diálogo intra e intergeneracional sobre problemáticas de género y sexualidad. Autodenominadas Las Feas, este grupo se componen de chicas entre 16 y 18 años⁶ que asisten a la escuela secundaria del barrio (algunas de ellas han repetido más de una

vez), tienen en general relaciones conflictivas con los adultos con los que conviven (muy pocas viven con ambos padres; la mayoría lo hace con tíos, abuelas o primos), varias han sido golpeadas y/o acosadas sexualmente, con distintos grados de violencia física y emocional; no tienen empleo ni dinero propio, y disponen de un circuito restringido de movilidad urbana y contacto interclasista. La mayoría percibe una (magra) beca de estudio otorgada por el Gobierno porteño, cuya frecuencia de cobro es sumamente irregular, lo que dificulta cualquier previsión para el corto o mediano plazo. Algunas logran combinar este ingreso con alguna tarea temporaria de carácter manual (artesanías, arreglos de costura, tejido).

Todas estas condiciones trazan un contexto difícil para la búsqueda de oportunidades sociales y la activación de alternativas por parte de las jóvenes, pero también para el despliegue de una subjetividad etaria y de género que les posibilite alcanzar mayores niveles de autonomía y realización individual y colectiva. Sin embargo, la exploración etnográfica⁷ permite dar cuenta de otras formas de vivir, experimentar y hacer inteligible estas condiciones adversas. Se trata de recursos que, si bien no alcanzan a revertir totalmente la desigualdad, el estigma o la opresión, advierten sobre la constitución de un nuevo capital social (Bourdieu 1990) de las jóvenes, construido sobre nuevas bases, que da por tierra con las normatividades y las respuestas terapéuticas —incluso las bien intencionadas— con que el Estado suele responder ante este tipo de configuración social-popular de la juventud de los grandes conglomerados urbanos del país.

Redes formales e informales

Como es frecuente entre los y las jóvenes, la amistad es un valor altamente apreciado entre estas chicas. No sólo porque implica la posibilidad de compartir experiencias, gustos e inquietudes similares, sino porque actúa como red de ayuda, reciprocidad y "aguante" ante las restricciones sociales, económicas y culturales impuestas por un entorno que se vive como un "afuera".

Yo empecé [el taller de fotografía] porque me invitó K [...] y me gustó porque a mi me gusta sacar fotos y así empezamos. Pero también me gustó el hecho de que yo ahí podía expresar mis problemas. Porque encima eran mis amigas y se los contaba [...] Con K éramos muy pegadas en ese tiempo y ella sabía todo, así que yo me sentía cómoda contándoles a ella y las chicas. (C. 18 años)

Yo con L somos por ahí las que menos cosas nos podemos comprar. Por eso, casi siempre hacemos cosas juntas, hicimos una rifa separada de la COOPA y nos hicimos ropa para Navidad (C 18 años).

Yo le dije a J que el otro día me habían comentado que la mamá de la cuñada de ella necesitaba a alguien para cuidar una nena, que cualquier cosa me avise, para tener algún trabajo (G 17 años).

Con C tenemos en vista armar un taller, un proyecto... para ganar algo de plata. [...] Entre nosotras está todo bien, eso ni lo pensamos (L 18 años)

Cuando vamos a fiestas, sobre todo, nos prestamos ropa. A la que más le pedimos es a K porque tiene más posibilidades de tener cosas. Entonces, a ella no le molesta prestarnos cuando necesitamos. Si le decimos 'K, tenemos una fiesta', ella abre el ropero y nos dice que elijamos (C 18 años).

La familia, por su parte, también es un "exterior" con el cual se está en conflicto. Es el espacio de la censura, la prohibición, el reproche o, mucho

peor aún, de los golpes, el encierro como castigo y la potencial amenaza de acoso sexual o de insinuación erotizante.

En la gran mayoría de las familias a las mujeres no les permiten salir por miedo a que queden embarazadas o por miedo a que les pase algo. En general, lo que la familia más teme al dejar salir a sus hijas es a que sean violadas, o que las maten, les roben sus órganos. Así, les prohíben salir a distintos lugares, tratándolas como empleadas de sus casas" (P y M. *La Otra Cara del Bajo*. Año 2, N° 3, julio 2002: 7).

Entre nosotras hablamos mucho del trato del hombre hacia la mujer. Por ejemplo, los hombres pueden salir, las mujeres no. Encerradas ahí, en la pieza, porque si salís 'te va a pasar algo'. Los hombres no lavan los platos porque tienen que trabajar. Pero por más que no trabajen, como son hombres, no lo hacen. En cambio, si vos sos mujer tenés que hacerlo. Bah, por lo menos así es en mi casa (J 17 años).

Lo peor es cuando te pegan, te empujan [...] A mí me pegan y yo me pego para que vean que no me duele, porque el golpe ¿qué te puede doler? Te duele un rato, ¿y después qué? Por ejemplo yo: me escapé a una fiesta y no me pegaron, me retaron y todo, pero si me hubieran pegado, ¿qué? Yo me hubiese ido igual, y encima, a propósito, porque encima me pegaron (C 16 años).

El lugar de la autoridad se desplaza a otras zonas institucionales más laxas, o directamente informales: la red de amigos/as y novios, el Polideportivo del barrio, el espacio del taller. Así, mientras la figura contingente del padre (que casi nunca es el biológico, sino tíos o parejas de las madres) oscila entre la imagen ausente del hombre desocupado/alcohólico/"golondrina" y la de distribuidor de los premios, castigos y recursos materiales en el hogar, la de la madre se advierte decisiva, a veces golpeadora, pero sobre todo, reproductora de los mandatos machistas y patriarcales en la que fue socializada.

Varias veces me pasó que... yo antes usaba polleras muy cortitas, iba a la casa de una amiga y la madre me decía que "mi marido anda diciendo que vos lo provocás" o "no podés andar así"... muchas veces sentí

discriminación de las mujeres más grandes por cómo me vestía (L 18 años).

En mi casa antes no me dejaban salir, casi nada. Antes del oscurecer tenía que estar de vuelta. Ahora ya no más porque [...] como hablamos con las chicas, no siempre nos tenemos que callar nosotras. Tenemos que hacer respetar también nuestros derechos. Y nada, empecé a hablar en mi casa [...] a discutir con mis tíos por qué yo tenía siempre que hacer las cosas [de la casa] y mi primo no. O por qué mi tío nunca hacía nada y lo teníamos que servir nosotros. Y mi tía se dio cuenta [...] y bueno, ahora no me dicen nada. Bah, me dicen que estoy creciendo... (G 17 años).

Yo ya de antes de entrar al taller me había dado cuenta que un golpe me duele un segundo, pero como que cuando fui hablando con mi mamá le hice entender que a mí no me daban miedo los golpes, que me podía pegar diez mil veces pero lo que sí me duele a mí es que me digan cosas... Las cosas que me decía mi mamá eran muy duras, y siempre fue así. Yo también muchas veces le dije cosas, porque ella no es mi mamá verdadera, es mi abuela, y eran cosas bien duras, y a ella tampoco le gustaba. Como que lo que a mí me daban, yo lo devolvía. Con el tiempo fui aprendiendo de que no, de no hacer eso [...] (L 18 años).

En la escuela si te drogás sos más que otros [...] Yo antes iba a otra escuela, que queda en [el barrio] Rivadavia y ahí vendían droga a dos manos, en el mismo colegio, en el patio!. Circulaba un montón así que imagino que los profesores lo sabían, pero miraban para otro lado [...] (G 17 años).

Frente a estas narrativas de la vigilancia, el reto o la desatención, las jóvenes construyen argumentaciones que las impugnan duramente, pero que —con todo— les permite refundar el espacio familiar, ya sea como núcleo de sobrevivencia no violento y respetuoso de la autonomía individual, o como proyecto intrageneracional donde la autoridad verticalista se reemplaza por la convivencia democrática y la transversalización de valores y significados compartidos.

Parece que, si sos mujer, tenés que ser ama de casa, tener hijos, casarte y estar siempre adentro. Pasás del apellido de tu papá al de tu marido, y nunca podés ser vos misma, con tu apellido. Por eso a mí lo que más me llevó a cambiar es esto de tener la libertad de decidir por mí misma y no que otros me impongan lo que tengo que hacer o no. (L 18 años).

Yo tengo un tío al que le digo papá. Entonces si me peleo con mi mamá, me voy a la casa de él, que queda al lado, y me quedo ahí un rato, hasta que se me pase. O me encierro en mi pieza, hasta que vengan mi novio o L. Vivo encerrada para no discutir, para ser yo misma, porque ya no me quedo más callada (C 16 años).

Tenemos pensado ir a vivir todas juntas. Alquilar algo, juntar entre todas la plata y vivir juntas, para pasarla mejor que en nuestras casas (J 17 años).

Parodiar el estigma, politizar el cuerpo

Entre los temas que las jóvenes piensan y discuten está el de la sexualidad, la relación con sus cuerpos y las distintas formas en que experimentan la represión y el control por parte del entorno social y vecinal que habitan. En este punto, el capital material y simbólico que han construido está tramado de experiencias personales y del grupo de pares que se comparten para vencer el pudor de conocer el propio cuerpo, avanzar en el descubrimiento de una sexualidad flexible, alejada del imperativo de la reproducción y el no placer y participar de la construcción de una "política de identidad" que habilite la articulación de sus proyectos biográficos con la lucha cotidiana por la equidad y el empoderamiento de género.

Cuando éramos más chicas no teníamos amigas, estábamos con pibes nada más, nuestros primos y otros amigos varones y cuando fuimos creciendo y desarrollando nuestro cuerpo ya decían "sí, esta piba es una puta", o "ya debe estar embarazada". La gente se metía en nuestra vida. Una vez mi vieja me partió una vara porque le dijeron que yo había

tenido relaciones con el hermano de K, que me había vendido por cinco pesos, le dijeron. (C 18 años).

Yo siento que la mayoría de los chicos te agrede. Ofenden mucho, te dicen "puta", te tratan como una cualquiera, o se burlan "mirá, esa gorda fea" (L 18 años).

Por ahí, como en broma me dicen "¡¿uy, vas a salir así, con ese escote!?", pero yo no voy a ir a cambiarme porque me digan eso. Me visto como me sienta más cómoda y listo (J 17 años).

También porque ven que somos un grupo de chicas, dicen cosas. Cuando hicimos los desnudos para las fotos que nos sacamos entre nosotras, decían "uy, que raro, encima todas chicas"... siempre hay sospechas sobre nuestra sexualidad (G 17 años).

Acá en el barrio, a mí y L nos discriminaron mucho. Nos decían que éramos putas..., de L dijeron una vez que se iba a Mendoza a abortar.... No sé, nos tienen como a cualquiera, pero ahora estamos haciendo la nuestra, cada vez nos fijamos menos lo que dicen, ya no nos importa, sabemos cuidarnos, somos responsables [...] pero es difícil ser mujer y querer ser distinta acá (C 18 años).

Al principio, sentíamos que nos inhibíamos de conocernos nosotras mismas, más porque siempre habíamos mostrado nuestro cuerpo a los demás, a nuestras parejas, pero nunca lo conocíamos bien nosotras. Hablamos mucho del tema. Y bueno... ahí empezamos [a masturbarse]... nos costó, pero de a poco fuimos conociéndonos nosotras mismas, por fuera y por dentro, y estuvo todo mucho mejor (L 18 años).

La emergencia de nuevos modos de feminidad entre las jóvenes se relaciona con su capacidad para establecer relaciones de género más fluidas, que incluyen tanto la negociación de las prácticas sexuales con sus pares varones, como la enunciación explícita de sus deseos y fantasías, en vínculo con las experiencias realmente vividas.

Yo a mi novio lo veo casi todos los días y entonces pasa cuando los dos tenemos ganas, nos ponemos de acuerdo, lo hablamos. Todo surge así, tenemos que estar de acuerdo los dos, si no, no. [...] con él de ese tema

puedo hablar libremente todo, él sabe lo que me gusta y lo que no, sobre el tema no nos inhibimos de hablar de nada (L 18 años).

Nosotros [mi novio y yo] vamos algunas veces a la casa de él y si no hay nadie, bueno. Pero en realidad es más cuando yo quiero que cuando él quiere, porque a veces yo estoy cansada o no quiero, y él no me presiona. Al contrario, me cuida, no hay presiones. Esta es una de las primeras relaciones que tengo y si yo por ejemplo quiero salir, salgo, y él lo mismo. Yo me visto como se me da la gana, él igual. Confía en mí. No se queja de que yo salga sola o con las chicas. Por ahí, él mismo me da plata para que yo salga. Me entiende [...] El otro día le dije que yo quería hacer las fotos desnuda, y me dijo que bueno, está todo bien, "traerme una", me dijo. (C 18 años).

Las estrategias discursivas de autoafirmación son, como estamos observando, otro elemento clave del posicionamiento subjetivo y social de estas jóvenes. En efecto, el pronunciamiento autobiográfico les permite desmitificar las experiencias de los "otros culturales", trocar el estigma y reescribir esas experiencias en primera persona, desde la propia trayectoria y la especificidad histórica de su género, en cruce con la edad. Así, la posibilidad de entablar un vínculo desnaturalizado con las representaciones del imaginario social barrial hace posible la emergencia de nuevas construcciones identitarias, en las que puede revertirse la carga ideológica de las imágenes femeninas fuertemente estigmatizadas y pasar a pensarlas de manera distinta, e incluso positiva.

Nosotras nos pusimos de nombre Las Feas. Así era como nos decían antes en el barrio, los chicos, y los que se burlaban porque éramos negritas. Pero si pensar por nosotras mismas es ser feas para los demás, nosotras queremos llamarnos así: Las Feas (L 17 años).

Esta reversión no significa la total y directa transformación de la estructura de poder que está en la base del sistema androcéntrico de

exclusión, si no más bien una oportunidad para construir discursos y prácticas alternativas sobre la propia condición de mujeres jóvenes pobres.

Nosotras tenemos mentalidad de crecer, de ser distintas, y a la gente es como que eso no les gusta o no nos entiende [...] nos ven creciendo, sin hijos todavía y eso les provoca envidia a otras mujeres que ven, por ejemplo que sus hijas, de nuestra edad, ya tienen un montón de hijos, o no estudian más, no tienen ganas. [...] Pero ellas también podrían hacer que las cosas sean distintas (C 18 años).

Participación comunitaria y reclamos de justicia

El 22 de septiembre de 2002 fue encontrado el cuerpo de Ezequiel Demonty ahogado en el Riachuelo. Tenía 19 años, vivía en el barrio Illia y había sido compañero de la escuela primaria de una de las entrevistadas. Se constató que había sido torturado por la Policía y obligado, junto a dos chicos más (de 14 y 18 años), a tirarse a las aguas contaminadas del Riachuelo, que bordea la zona sur de la ciudad, tras ser detenidos y golpeados en las propias calles del barrio, cuando volvían de una bailanta del barrio de Constitución.

Los y las jóvenes de Bajo Flores organizaron numerosas marchas en repudio de este hecho de violencia institucional ejercida por la llamada maldita policía, en un contexto social en el que ciertos sectores de poder y algunos medios de comunicación aprovechaban la legítima preocupación por el incremento de la inseguridad para desplegar argumentos de "pánico moral" contra los jóvenes varones de las villas y zonas empobrecidas, en su condición de "elementos amenazantes" del orden social.

Las chicas del grupo "Las Feas" asistieron espontáneamente a las marchas y participaron de las movilizaciones barriales en reclamo de justicia y contra la estigmatización de la que es objeto la juventud de los sectores populares. Se trata ésta de una militancia social que no recurre a figuras o mitos del pasado (la famosa generación revolucionaria y subversiva de los años 1960), ni se inspira en las demandas feministas que ganaron visibilidad pública tras las Conferencias Mundiales de Naciones Unidas o que fueron impulsadas por las propias activistas locales. La adhesión de las chicas a estas luchas está más bien motivada por otras trayectorias colectivas y otros retazos de la memoria reciente del barrio. Entre ellos, la huelga de hambre de junio de 2000 por parte de los habitantes de la villa 1-11-14 para que sus reclamos de vivienda propia y en contra de la erradicación inconsulta de la villa fueran escuchados; el encuentro cotidiano con las razias y abusos policiales; la experiencia vivida de la pobreza y la desocupación estructural y la protesta masiva contra las políticas del ajuste que aceleraron la renuncia del Presidente de la Nación, en los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Tras el caso de Ezequiel fueron aclarándose muchos otros [...] Mi novio tiene amigos que andan, así, en la joda, y a ellos también les ha pasado. Suponete, salen a bailar, y [los policías] los han agarrado, metido preso... los golpean, le hacen de todo... Abusan mucho de los pibes. Ahora me dijeron que la "cana" anda con más miedo, tratan de cuidarse para que los medios nos los "escrachen", pero igual... Los medios son cómplices también porque lo que pasó el 20 de diciembre... mostraron, así, lo peor de la gente, que le pegaban a los policías, pero la cana había mandado poner, a propósito, un cordón de policías... Cuando la gente se dio cuenta dijo "no, esto es lo que ellos quieren mostrar", que la gente sólo estaba tratando de pelear con la cana y romper cosas, y no era así. (L 18 años).

Yo voy a luchar hasta lo imposible [...] Estamos todos unidos para terminar con la violencia que sufrimos. Hacemos marchas, escraches, cortes de calles y hablamos en el colegio (Entrevista a una joven del barrio, cuyo hermano aparentemente también fue muerto por la policía. *La Otra Cara del Bajo*. Año 2, Nº 4. Noviembre 2002: 18).

Un nuevo sentido de la resistencia, fundado en la lectura que los y las jóvenes hacen de la impunidad de los poderosos, la falta de justicia social y la sordera del Estado, convierte al clientelismo político (que históricamente tomó a los sectores populares como coto de caza de su reciprocidad estratégica) en el principal insulto de clase y etario.

La policía está enganchada en todo: prostitución, droga... Sabe todo, se hacen los boludos porque a ellos les conviene. Nosotros para ellos somos negritos, entonces no les molesta matar a un negrito. Por eso mataron a Ezequiel. (C 16 años).

Nadie que haya compartido unos mates, un metegol o una cerveza con muchos de los jóvenes que vivimos en este barrio puede señalarnos, porque tenga ganas, como delincuentes (Editorial, *Mundo Aparte* 8/9, diciembre 2000:15).

Bastó con desparramar un rumor para que nos instalen el pánico. Que nos quedemos en casa, atrincherados [...] La gente se sintió insegura, creyendo que a su casa vendrían a saquearla de barrios vecinos, y esperó a los supuestos saqueadores, pero en realidad la gente no sabía que todo era una mentira que el gobierno armó para que no salgamos a la Plaza [...]. (Redacción colectiva, *La Otra Cara del Bajo*, Año 1, Nº 2, febrero 2002:11).

En contra de los análisis que señalan a la desafección política como signo distintivo de época, del cual no estaría exenta la juventud, la politización es parte de las prácticas cotidianas de las y los jóvenes e involucra tanto la esfera propiamente política (de representación conflictiva de intereses) como los espacios vinculados a las relaciones privadas, familiares o comunitarias, donde la política es constantemente interpelada en sus

formas y sus métodos desde cuestionamientos no necesariamente “formales” u ortodoxos.

La lucha no es fácil, cuesta algo más que palabras y cacerolas [...] tanto, que la muerte y la represión desmesuradas fueron las únicas respuestas a la voz popular. ¿Alguien se acordará de los muertos caídos en la Plaza de Mayo este último 20 de diciembre? ¿Alguien se acordará de los sueños de esos tres jóvenes asesinados por un policía cobarde en una esquina de Floresta? Son preguntas que no debemos dejar de hacer ante tanta impunidad (Redacción colectiva. *La Otra Cara del Bajo*, Año 1, Nº 2, febrero 2002:11)

Las intervenciones que estamos describiendo desafían las modalidades clásicas de intervención política y de actuación del Estado y son indicio de la construcción de un nuevo espacio público —y de un nuevo sentido de la emancipación— desde una politicidad no “oficial”.

Cuando hicimos el taller [de violencia contra la mujer, destinado a otras jóvenes del barrio] la idea de poder transmitir nuestra experiencia surgió de nosotras, cuando nos dimos cuenta del paso que habíamos dado. Pensamos que las otras chicas también precisaban que alguien les hablara, como nosotras lo hicimos en el taller de foto. Y bueno, buscamos un lugar, vimos cómo lo podíamos hacer, de qué se podía tratar y de ahí surgió la idea. Cuando lo hicimos nos re-gustó porque nos dimos cuenta de que algo que para nosotras en el pasado había sido muy común o que pensábamos que a nosotras nomás nos pasaba, no había sido así, y tratamos de enganchar con las demás chicas, de hacer entender cómo eran las cosas, de discutir el por qué. [...] A muchas les gustó, les interesó y eso a nosotras también nos gustó mucho. (L 18 años).

Consideraciones finales

Tal como permiten leer los testimonios, las chicas de los sectores populares despliegan prácticas, establecen relaciones, se integran a redes y producen estrategias discursivas que nos advierten sobre la

constitución y usos variados de su condición genérica y juvenil, a partir de la cual responden productivamente a las identidades restrictivas formuladas por los discursos hegemónicos, al tiempo que elaboran nuevas modalidades de ser mujer joven, en estrecha vinculación con las condiciones históricas y materiales que viven.

Estas dinámicas señalan otros modos en que la condición juvenil y de género está siendo vivida, experimentada, cuestionada y desestabilizada desde la cotidianeidad de las chicas y adolescentes de los sectores populares de nuestro país. Lo cual abona la idea de que ya no es posible hablar de "una" identidad femenina y juvenil en tanto unívoca en su significado, uso e intencionalidad social. En su lugar, se señala la pertinencia de asumir la existencia real de juventudes y feminidades fragmentadas por múltiples procesos de representación, interpretación y resignificación, que a su vez son constantemente interpeladas desde las nuevas identidades etarias y sexuales de las mujeres (McRobbie 2000).

Nos interesa indicar que estas transformaciones no son fácilmente captables con las herramientas sociológicas convencionales (las oscilaciones metodológicas de este trabajo son, en parte, producto de estas dificultades), precisamente por su carácter indicial y emergente, así como por el estatuto crecientemente cultural de las prácticas que involucran.

En este sentido se plantea el desafío de revisar en profundidad las conceptualizaciones que las ciencias sociales vienen utilizando para estudiar la juventud y sus modos complejos de constitución identitaria.

Por eso, dar cuenta de los dispositivos de enunciación de la regulación cultural y la (in)visibilidad pública de las mujeres jóvenes, exige re-preguntarse por el modo en que estas chicas están hoy subvirtiendo las normatividades que instituciones como la escuela, la familia y los medios establecen para su condición sexual y genérica, los roles domésticos y las proyecciones de futuro.

Las jóvenes pobres, es bueno no olvidarlo, cuentan con un arco cada vez más reducido de oportunidades reales de inserción laboral, desarrollo de sus trayectorias formativas y chances efectivas de intervención social. En este cuadro, su condición genérica acentúa la precarización de sus circunstancias de vida, toda vez que integran un contexto social y barrial estructurado desde el discurso y la práctica androcéntrica y patriarcal.

De hecho, en el transcurso de este trabajo hemos señalado que los discursos normativos (oficiales, mediáticos e institucionales) operan limitando los espacios de visibilidad y existencia social de los y las jóvenes de los sectores populares, reduciéndolos a un arco esquemático de "momentos identitarios" esenciales y androcéntricos. Pero también hemos advertido que estas jóvenes disponen, hoy, de un margen relativamente mayor que sus madres para administrar las tensiones que se derivan de su posicionamiento de género y las previsiones impuestas por los discursos hegemónicos sobre la sexualidad, los usos del cuerpo, la participación política y el ejercicio de los derechos.

Se trata, pues, de una red múltiple de prácticas y sentidos a través de los cuales las jóvenes usan estratégicamente las distintas

(in)visibilidades en juego (de género, edad, clase, etnia, etc.) para construir ciudadanía desde posiciones no esencializadoras de sus deseos, necesidades y demandas.

Por eso insisten:

Nosotras nos pusimos de nombre 'Las Feas'. Así era como nos decían antes en el barrio, los chicos, y los que se burlaban porque éramos negritas. Pero si pensar por nosotras mismas es ser feas para los demás, nosotras queremos llamarnos así: Las Feas. (L 17 años).

Notas

¹ La versión original y ampliada de este artículo es el ensayo "Intervenciones desde el género. Participación y empoderamiento entre mujeres jóvenes de sectores populares", seleccionado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) para su publicación en el número *Capital Social y Juventud*, de la Serie de Políticas Sociales de CEPAL, en junio-julio de 2003. Se inscribe, asimismo, en la investigación que sustenta mi Tesis de Doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

² Los mayores progresos, en términos de una más exhaustiva y compleja indagación sobre la vida, las necesidades, experiencias y prácticas cotidianas de las chicas y adolescentes, han provenido de la teoría feminista y el movimiento amplio de mujeres, así como de ciertas ONGs y organismos internacionales que a partir de los años 1970 y sobre todo desde los años 1980, comenzaron a preguntarse por los modos en que las jóvenes experimentan, perciben y articulan su condición genérica con la edad, las circunstancias materiales de existencia y sus posibilidades reales y potenciales para transformarlas.

³ Empoderamiento (*empowerment*) es el proceso de creación de condiciones para la autodeterminación cívica y personal de individuos o grupos. En la teoría feminista, alude a la posibilidad de concientización de las mujeres respecto de su identidad de género, a través de la revisión de los sentidos y prácticas culturales dominantes (creencias, modos de percepción, representaciones, etc.) que suelen ubicarlas en lugares subordinados de la estructura social, las relaciones entre los sexos y las oportunidades de toma de decisión. Alude, pues, al proceso de potenciación de la capacidad reflexiva de las mujeres para poder expresar y defender sus derechos, ampliar su autoconfianza y ejercer control sobre sus relaciones personales y sociales. En su sentido más fundamental e inmediato, significa que las mujeres se fortalezcan a sí mismas. Sin embargo este proceso también requiere

marcos legales favorables y acceso a la información y recursos. Lejos de haberse cristalizado como una mera pretensión de principios, el término es objeto de un profundo debate por parte del discurso feminista actual, preocupado por articular el análisis del género con la pregunta por el vínculo entre diferencia y desigualdad. Para conocer en detalle la historia del concepto, ver *Routledge International Encyclopedia of Women. Global Women's Issues and Knowledge* (tomo 2), New York: Routledge, 2000.

⁴ Según dato y proyecciones del INDEC (1999), en la Argentina viven 9.476.069 jóvenes de entre 15 y 29 años, lo que representa más de la cuarta parte de la población total. De esos casi 9 millones y medio, las proporciones de varones y mujeres son prácticamente similares a nivel nacional, con una leve mayoría de varones. Si bien existen importantes diferencias regionales, los datos disponibles indican, además, que casi un tercio de la población joven de este país vive en condiciones de pobreza, siendo aún más acuciante en los grandes conglomerados urbanos y entre los jóvenes de 15 a 19. Esto significa que en la Argentina 4 de cada 10 jóvenes de hasta 19 años son pobres. En cuanto a las diferencias por sexo, se sabe que la porción de mujeres jóvenes desempleadas en todo el país es significativamente mayor que la de los varones, reduciéndose levemente la diferencia a medida que crece la edad. Por último, respecto de grado de desafiliación social se advierte que casi el 15 % de las y los jóvenes argentinos de entre 20 y 24 años no estudia, ni trabaja, ni se desempeña como 'ama de casa' o cuidador/a del hogar. La falta de actividad y de tareas productivas se observa de modo más pronunciado en este intervalo de edad, que coincide con el momento de salida de la escuela secundaria y con la expectativa de ingreso al mundo del trabajo.

⁵ El taller funciona en COOPA (Cooperativa de Producción y Aprendizaje), en el barrio Rivadavia, bajo la coordinación de Niza Solari.

⁶ Los nombres de las chicas entrevistadas han sido reemplazados por sus iniciales, para evitar su exposición.

⁷ El trabajo de campo se realizó en base a entrevistas grupales semi-estructuradas y abiertas, observación participante y análisis documental y etnográfico de las producciones escritas y visuales elaboradas tanto por el grupo de chicas 'Las Feas' como por otros integrantes jóvenes del proyecto Adolescentes Bajo Flores (revistas *Mundo Aparte* y *La otra Cara del Bajo*, reportajes fotográficos, obras de teatro popular, etc.).

Obras Citadas

- Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*, México: Grijalbo, 1990.
- Cohen, Stan. *Folks Devils & Moral Panics*. Oxford: Basil Blackwell, 1990.
- Corea, Cristina e Ignacio Lewkowick. *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen Humanitas, 1999.
- Delfino, Silvia. "Diferencia y valor: percepción y experiencia en los estudios de género". *Memoria de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y I Congreso Iberoamericano de Estudios de Género*, Buenos Aires: IIEG-UBA, agosto 2000 (formato CD ROM).
- Di Pietro, Pedro. "Destapando gays. Retóricas para celebridades y héroes". *Actas de las VI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación*. Córdoba: UNC-Red Nacional de Investigadores en Comunicación, octubre 2002 (formato CD ROM).
- Felman, Silvio. "Menores en estrategias de sobrevivencia". *Menores en circunstancias especialmente difíciles. Análisis de situación. Argentina*. Bogotá, cap. II, 1992: N°10.
- Hall, Stuart. *Culture, media and language*. London: Hutchinson, 1980.
- Jacinto, Claudia e Irene Konterlink (comp.). *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo en la Argentina*. Buenos Aires: UNICEF-Losada, 1996.
- McRobbie, Angela. *Feminism and Youth Culture*. Hong Kong: Macmillan, 2000.
- Olivera, Guillermo. "Políticas de la restitución. Identidades y Luchas Homosexuales en Argentina". Fabricio Forastelli y Ximena Triquell (comps.). En *Las marcas del género. Configuraciones de la diferencia en la cultura*. Córdoba, CEA-UNC, 1999.
- Rimstead, Roxanne. "Subverting Poor Me: Negative Constructions of Identity in Poor and Working-Class Women's Autobiographies". Stephen Harold Riggins (ed.). En *The Language and Politics of Exclusion. Others in Discourse*. London: SAGE Publications, 1997.
- Williams, Raymond. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península, 1980.
- Willis, Paul. *Aprendiendo a trabajar*. Madrid: Akal, 1988.